

Sename: Ahora, ¿cómo seguimos?

Marcelo Sánchez
Gerente Fundación San Carlos de Maipo



La situación del sistema de protección residencial del Sename deja en evidencia que la internación como medida de protección muchas veces vulnera gravemente los derechos de los niños. El 63% de los niños de residencias está internado durante más de un año, privado de cuidado parental, y el promedio de permanencia de los niños en estos contextos es de 2,7 años.

La evidencia internacional estima que en el 70% de los casos de niños institucionalizados existe un familiar capaz de brindar cuidados alternativos, resguardando su derecho a vivir en familia.

En Chile el 3% de los niños ingresa por abandono, y la principal causa de internación es la inhabilidad de los padres, con un 38%. Hay espacio entonces para desarrollar una oferta especializada que fortalezca las capacidades parentales de dichas familias de origen.

La Corte Suprema y otros informes indican sobre condiciones de hacinamiento y plazas no cubiertas. Los organ-

mos colaboradores entregan el 98% del total de las prestaciones, pero la subvención que reciben cubre apenas entre un 30% y un 45% del costo, dependiendo de la complejidad de la intervención. Estas limitaciones producen carencias importantes en la ejecución de programas reparatorios.

Hay organizaciones que, con apoyo privado, logran cubrir los déficits y entregar las prestaciones en cantidad y calidad. Pero los mayores recursos se asignan, proporcionalmente, a la administración directa del Sename, que brinda menos del 2% de las atenciones y recibe cerca de un 40% del presupuesto.

El anuncio presidencial de 16.500 millones es, en un contexto de austeridad, una señal positiva. Pero no parece sensato que dos de cada tres pesos sean destinados a la atención directa y sólo una mínima parte a la subvención que reciben los más de 7 mil niños que están en residencias privadas colaboradoras.

Se debe premiar el cumplimiento de los plazos técnicos de las intervenciones

de niños, niñas y adolescentes de los Programas de Protección y Centros Residenciales, y avanzar en vincularlos a los resultados de la intervención. Es necesario contar también con un estándar de calidad técnica asociado al tipo de intervención y a la subvención disponible.

“El presupuesto del Sename, y sus prioridades, es el barómetro de cómo queremos responder a nuestra infancia”.

Detrás de este sistema hay miles de familias y niños que requieren de una intervención de calidad, oportuna e integrada, con especialistas que cuiden y aporten a su salud física, mental y emocional. No es un tema de más o menos recursos.

Tiene que ver con el trato digno a una infancia olvidada, y con la indolencia con que nuestra sociedad los mira no sólo a ellos, sino a todos sus niños. El presupuesto del Sename, y sus prioridades, es el barómetro de cómo queremos responder a nuestra infancia. Se requiere con urgencia un cambio, no en el largo plazo, soportado en una institucionalidad que tiene un amplio camino de discusión, sino hoy. Ya no hay lugar para la indiferencia.

Federico Navarro
Doctor en lingüística,
investigador visitante
CIAE U. de Chile



Los niños chilenos escriben mal

La semana pasada se conocieron los resultados SIMCE, y en algunos meses llegará la temida PSU. Como resultado, títulos catástrofe: los niños y jóvenes chilenos leen y escriben mal, la educación está en crisis, las redes sociales tienen la culpa de todo.

Pero nunca antes se leyó y se escribió tanto en la historia de la humanidad. Las redes sociales han multiplicado las oportunidades de comunicarnos por escrito todos los días. Las escuelas y universidades han incrementado de forma impresionante su matrícula, permitiendo que más estudiantes se familiaricen con textos y saberes científicos. Y cada vez más profesores se preguntan cómo enseñar lectura y escritura en sus materias (ver por ejemplo el Simposio Internacional de Enseñanza de la Escritura, que organiza la Universidad de Chile la próxima semana).

Ahora bien, no todo es optimismo: las habilidades de lectura y escritura se vinculan directamente con el perfil institucional y el nivel socio-económico y capital cultural del estudiante y su entorno. Más aún, la escritura no es una sino muchas: una tesis presenta un nivel de formalidad, grado de síntesis y relación con el lector distintos a un tuit. Democratizar el acceso a las formas académicas de comunicar es fundamental para no repetir y profundizar las desigualdades sociales y culturales de base de nuestros estudiantes.

¿Hay una crisis entonces? Sabemos que la escritura se aprende durante toda la vida y en todos los ámbitos, no solo en la clase de lenguaje: una estudiante de secundaria debe aprender a escribir un ensayo de historia, un estudiante de universidad un proyecto de investigación, una profesional un informe de coyuntura. Preocuparse porque les cueste y deban aprenderlo es como preocuparse porque haya que aprender historia chilena reciente, química inorgánica o el organigrama de la empresa.

La preocupación debe entonces ser pedagógica, curricular e institucional: la escritura es un objeto de enseñanza central y requiere una didáctica y un tiempo de enseñanza específicos, que los profesores y las instituciones deben desarrollar y fomentar. Estas supuestas “crisis de la escritura” son una excelente oportunidad para recordarlo.

Gestión y comunicación sostenible

Juan Cristóbal Portales E.
Director Magister de Comunicación
Estratégica UAI



El escenario de desconfianza institucional y empresarial retratado por diversos estudios ha volcado a las principales compañías a asignar una importancia primordial al qué y cómo comunicar a sus grupos de interés. No sólo eso: también a enfocar crecientes esfuerzos y recursos para poder instalar capacidades técnicas y humanas que permitan desarrollar, a partir de una gestión operacional y comunicación del día a día, una reputación positiva y sostenible en el tiempo.

Para determinar el estado del arte de la empresa en materia de estrategias, prácticas y formas de relacionamiento y comunicación de dichas prácticas han aparecido y proliferado en el mercado local una serie de herramientas e instrumentos de diagnóstico y reconocimiento, de diversa calidad metodológica y foco de medición. Estos van desde propuestas serias, como Alas 20 (con método Vigeo), el Total Sustainability Score (TSS) (con mé-

todo Robecosam), el Reprtrak del Reputation Institute Chile o el TRAC Chile de Chile Transparente, hasta otros de dudosa confiabilidad. La mayoría se basa en una supuesta evaluación técnica y objetiva de aspectos como la transparencia, la disponibilidad, la importancia o la pertinencia de la divulgación pública multicanal (o unicanal, como las memorias anuales), que las empresas hacen sobre prácticas de desarrollo sustentable, gobierno corporativo, relaciones con inversionistas, accionistas, comunidades, o en temas de inversiones responsables o investigación en sustentabilidad.

El problema con estos instrumentos es que el mercado, las compañías y los medios, específicamente, pocas veces tienen el *know how* y las herramientas para contrastar su calidad y rigurosidad metodológica, además de sus fortalezas y debilidades relacionadas con los ámbitos de medición y potencial intervención.

“Resulta necesario primero que las empresas se informen debidamente y exijan un «disclosure» completo de la metodología”.

Para subsanar este problema y evitar fraudes a las empresas, o daños a la reputación de las mismas (al ser evaluadas por instrumentos que las pueden subcaracterizar o evaluar de forma poco rigurosa), resulta necesario, primero, que las empresas se informen debidamente, exijan un *disclosure* completo de la metodología y paso a paso del instrumento, y exploren bien las alternativas existentes. Luego, que la academia, como actor validante, pueda transparentar estas metodologías y premios existentes, contrastar su seriedad y confiabilidad, y señalar a las empresas e instituciones que quieran aplicarlas su real aporte y utilidad.

Sólo de esta manera podremos avanzar en la generación de verdaderos predictores de la capacidad y el interés de las empresas por desarrollar una reputación positiva y sostenibilidad en el tiempo, y ayudarlas en ese proceso.